

palabra para expresar la propiedad? La tierra en la que vivimos no la heredamos de nuestros padres, nos la prestan nuestros nietos. Nosotros creemos que tenemos que responder de lo que hacemos con nuestra tierra a las próximas siete generaciones”.

Miquel Izard

Quien no trabaja no come

La frase lapidaria, escrita con letras colosales, la leí hará casi 20 años en el zaguán de la mitad monjil del monumental convento de Kavanayen, Gran Sabana venezolana, que albergaba a un fraile y a dos o tres profesas.

Decenios antes, quienes padecíamos la franquista y jurásica Universidad de Barcelona fuimos víctimas de un desdoblamiento, casi dislexia, contrastando la prédica, meapilas y aséptica, de la mayoría de los mentores con la clandestina lectura de textos que conseguíamos por vías más o menos arriesgadas, que incluso para alguno de nosotros devenían una forma de incrementar nuestros miserables ingresos vendiéndolos a compañeros con más recursos.

En aquellos '50 y en aquel ámbito cutre, hambriento, represor y sórdido, cuando lo que no era pecado era delito –o ambos a la vez– demasiadas veces las clases magistrales eran grotescas astracanadas, el único mérito académico del catedrático de arte era haber medido con exactitud la altura de la Giralda y un profesor de historia antigua se limitaba a apuntar en el encerado la lista de los faraones para que la copiáramos. Había el más difícil todavía, las tres marías, en especial, religión y formación del espíritu nacional, y algún excelente maestro que debía practicar toreo de salón para evitar que sus carpetovetónicos y píos colegas lo denunciaran por rojo-separatista.

Una de tantas obras prohibidas, pero leídas, era la de Gordon Childe; nos complacía enalteciéndonos con el discurso optimista y triunfalista sobre un imparable proceso progresivo que empezó con la revolución neolítica y más temprano que tarde culminaría en la extensión a todo el orbe de la buena nueva que, estábamos seguros con la fe del molinero, desde la Unión Soviética se extendería casi taumatúrgicamente como mancha de aceite.

En medio siglo se han producido algunos cambios, la mayoría fruto del desengaño más que de la desilusión, dando al traste con tanto embeleco y fantasía de los que ni se nos ocurría dudar. Quizás debería porfiar, no nos dimos cuenta del tremendo fraude por el que fueron inmolados inútilmente millones de

gentes o que implicó estorbar el triunfo de la República sobre el franquismo en aras de unos intereses en apariencia superiores.

En las últimas décadas la euforia de la evolución imparable hacia el edén la conservaban prehistoriadores que seguían comulgando con ruedas de molino, por ello mi sorpresa fue mayúscula cuando, junio de 2004, visité “En els inicis de les desigualtats”, organizada por el Museu d’Arqueologia de Catalunya y constaté que el desencanto también les había llegado a ellos. Pienso que vale la pena reproducir algunas frases del folleto: La Revolución neolítica trajo “el inicio de la propiedad privada y de la acumulación de bienes [... e] instauración de nuevas estructuras organizativas de las formaciones sociales y políticas que desembocaron, milenios más tarde, en la emergencia de los primeros estados”. Insiste, “datos arqueológicos permiten constatar que las sociedades neolíticas no eran igualitarias y que las diferencias entre personas y comunidades empiezan a generalizarse. Los ajuares [...] indican] las desigualdades sociales entre personas de una misma comunidad y entre comunidades. Se observan diferencias según la edad y el sexo”.

Por si no quedó bastante claro, machaca “nuevas formas de trabajo y de distribución de los productos facilitarán la existencia de desigualdades cada vez mayores [...] que se formalizarán con la aparición [...] hace unos 5 000 años del estado. En los siglos XIX y XX se pensaba que el progreso llevaría a la igualdad. Actualmente se observa cómo el [...] desarrollo tecnológico contemporáneo va acompañado de un aumento de la desigualdad y de los conflictos sociales”.

La exposición finaliza con un video apocalíptico mostrando el panorama actual rebosando cataclismos naturales, guerras, hambre, represión o violencia.

Si la humanidad lleva un millón de años sobre el planeta (el folleto dobla la cifra), las diferencias son excrecencia muy reciente. Dicho de otra forma, las naciones de cazadores/recolectores señorearon la tierra durante algo más del 99% de nuestra presencia en ella y si es casi imposible recuperar el ayer, basta recordar juicios antagónicos sobre la política hispana del último año y alegatos opuestos de ministros del viejo gobierno y del nuevo, se hace difícil pensar se pueda rescatar lo ocurrido antes del neolítico. Pero hay asaz información sobre naciones americanas y otros continentes dependiendo de fauna y flora de selvas o pampas, alguno de nosotros incluso ha convivido con ellos y, por encima de todo, siguiendo a Shalins, si los recursos superaban las necesidades de gente que ni quería ni podía acumular, las refriegas serían absurdas. Si no tenía sentido esclavizar o explotar a terceros, ya que nadie podía o quería lograr excedentes, carecía de sentido mandar al no reportar beneficio material. Antropólogos, viajeros y otros testimonios concuerdan, contra un estereotipo forjado por el sistema y transmitido por algún artista a su servicio, el tiempo diario para abastecerse, de alimentos o similares, era mínimo y proveía sustento y más que nada placer o satisfacción, pues la tarea se tenía por habilidad o juego. En junio de 1980, el etnólogo Corradini denunció, *Diario de Caracas*, que misioneros de Nuevas Tribus dijeron a los panare que Cristo había muerto por su culpa,

armando gran confusión, y que Adán y Eva fueron castigados a “tumar conuco”, preparar la tierra para sembrar yuca, lo que no entendían pues para ellos no era una sanción sino una fiesta. Sobre lo que acabo de citar, y rol de misioneros, el malogrado periodista Norman Lewis publicó libro extraordinario (*Misioneros. Dios contra los indios*, Barcelona, 1998, Herder, 245).

Además, de ser cierta la vieja falacia que menciona una humanidad desnuda y famélica, padeciendo una interminable hambruna de un millón de años, habría degenerado y nosotros no estaríamos acá.

Por tanto al hablar de trabajo nos referimos a una lacra coercitiva a la que fue condenada la mayoría de la gente, en beneficio de una minoría, sólo en los últimos 10 000 años, insisto una maldición tan reciente que estadísticamente no debería tenerse en cuenta.

En este corto lapso quienes pensaban beneficiarse de explotar a los demás imaginaron distintos caminos para conseguirlo; Roma usó mano de obra esclava que conseguía en la expansión imperial más allá de sus fronteras, pero revueltas de forzados y rechazo de agredidos fueron alguna de las causas del colapso; con la edad media se regresó a una agricultura poco excedentaria, evidencia según algún estudioso de su incapacidad par alcanzar más plusvalía, basta recordar el debate entre Dobb y Sweezy. Mientras la agresión a América y el subsiguiente colonialismo facilitó se ensayaran todo tipo de vías, en un amplio abanico que va de la esclavitud de africanos en plantaciones o de aborígenes en minas y obrajes al hallazgo, Nueva España, de que un salario elevado producía buenos beneficios al empresario. Luego el sistema pasó de la revolución industrial a la globalización consumista, acompañada de la depauperación del tercer mundo.

De tanta experiencia del siglo 20, previas al cenit dilapidador, es colosal el estudio de Andreassi, *“Arbeit macht frei”*. *El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*, Barcelona, 2004, El Viejo Topo, 502. Como pasó casi 500 años antes en Indias, las dictaduras fascistas –y otras– aprovecharon la indefensión de las víctimas para ampliar excrecencias de la explotación laboral capitalista, acrecentando sus parámetros normativo y represor, rebasando un nivel coaccionador, marginador e incluso letal, con un rostro inhumano hasta entonces impensable. El autor tras recordar que los campos de concentración, donde no sólo murieron judíos, enmascararon otras atrocidades, pormenoriza los casos enunciados, reseña su cariz conceptual, sin olvidar representaciones del fenómeno por parte de algunos creadores y enfatiza que determinadas formas de laborar incidieron sobre los derechos humanos, la guerra o el exterminio, maridando de forma espuria ciencia y economía. De alguna manera podríamos decir que en Mauthausen se asesinó de forma taylorizada.

El ensayo de gran enjundia, con excelente aparato crítico y difícil de sintetizar por su aplastante densidad, ayuda además a entender que el fascismo brotó como secuela de una crisis capitalista –provocada en buena parte por el cuestionamiento obrero, que pudo parecer iba a suplirlo por otro proyecto en la

misma Alemania o en Cataluña—, y bajo ningún concepto como alternativa, lo que más de una vez se dijo para despistar al personal, para legitimar en realidad relaciones autoritarias y jerárquicas, magnitudes políticas del trabajo y diversidad determinista de raíz biológica y/o étnica; ello supuso expulsar de la comunidad a los adversarios del régimen, distintos racialmente o asociales, ineficientes por poco rendimiento o discolos con el empresario, al que debían sumisión ciega, tras dismantelar sindicatos y otros medios para defender los intereses de la mayoría vulnerable, que el nazismo decía antinaturales y artificiales frente a los que elaboró un sistema antagónico fragmentado y competitivo. Por si faltaba algo la "justicia" fascista implicó legitimar la desigualdad, empecinándose no por abolirla sino por propagarla.

En su afán de optimizar metas señaladas por el partido, no se transigió, recelando de subversivos o transgresores, ni con la metáfora ni con la ironía, y como hicieron otras dictaduras en apariencia rivales satanizaron el arte vanguardista, que llamaron "degenerado", surgido en Europa a fines del 19 y que reprobaba desigualdades o escalafones, dogmas y normas que se tenían por naturales y perennes.

Para el autor están aún pendientes reparaciones a esclavos del franquismo y capaz aquella situación dantesca se reproduce, de forma reiterada, con el trato que reciben inmigrantes o gentes víctimas del paro y de trabajos basura; si el futuro en todo el orbe se deteriora tan rápido, es de maliciar que resurgirán anomalías aberrantes, individualismo dependiente y gregario, que nos quieren vender fueron sólo excepción irreplicable dentro del liberalismo; así, pesquisas como la reseñada deberían capacitarnos para convertir las cañas en lanzas y prevenir antes que curar. No olvidemos que el proyecto de ingeniería social nazi uniendo expansión territorial y captura de mano de obra servil y gratuita era afín al romano, ello implica vicios del pasado repitiéndose como una pesadilla.

Miquel Izard